

el tetrao urogallo, pues en dicha época es en extremo difícil visitar las montañas altas, y aun imposible á veces, al menos para nosotros, á causa de la nieve y del frio; pero es cosa averiguada que la perdiz real no se posa nunca en un árbol para dejar oír su canto; por todos sus caracteres distintivos es una gallinácea campestre de tamaño gigantesco, y tambien vive en zonas que carecen de vegetacion arbórea. En todo caso, el ave anida muy pronto: yo no he hallado huevos, pero el 17 de abril, cuando me dirigia desde Tiflis á San Petersburgo, diéronme en un paradero situado á mucha altura en la montaña, dos huevos y un individuo de la especie. Como aquellos estaban aun del todo frescos debo suponer que los recibí al principio de la incubacion, el cual comienza por consiguiente á mediados de abril. Parece que el ave pone muchos huevos, pues á fines de junio ó primeros de julio tuve la suerte de levantar casualmente una hembra con sus polluelos, que aun estaban poco desarrollados; esto me sucedió á una altura de tres mil metros sobre el nivel del mar. Así como todas las gallináceas, y sobre todo las que habitan en rocas escarpadas, los polluelos saben dispersarse y esconderse con suma destreza; el viajero queda asombrado al ver á la alegre familia levantarse repentinamente bajo sus pies y emprender la fuga á carrera tendida. A menudo son inútiles los esfuerzos que se hacen durante largo rato para coger un par de polluelos; se alarga la mano varias veces sin atraparlos, y al fin es preciso contentarse con uno. Vi sin embargo en mi cacería al menos de trece á quince y puedo asegurar que sus familias son tan numerosas como las de otras gallináceas congénicas.»

Los dos huevos recogidos por Radde medían, segun la descripción de Dresser, 0^m,065 de largo, por 0^m,042 de grueso y eran de color rojizo sucio de barro con lustre verdoso aceitunado y algunas manchas de un tinte rojizo sombrío.

«Todos los indígenas, continúa Radde, están conformes en reconocer la gran dificultad que ofrece la caza del tetraogallo del Cáucaso. Estas aves son en extremo tímidas y tan cautelosas, que no es posible ponerse á tiro sin llevar una buena carabina, y aun el cazador muy práctico en el manejo de esta arma puede buscar días enteros en vano antes de lograr dirigirles un tiro. El nombre *intaure* fué aplicado por los grusios, que á veces reciben esta ave muerta, y que no conociendo su género de vida, compáranla con el pavo indio de las montañas, dándole este nombre. Raras veces pasa el año sin que reciban uno ó dos tetraogallos vivos del Cáucaso, y como sé muy bien cuán apreciable es el ave, hago los mayores esfuerzos para conservarla. Acostúmbranse muy pronto al mijo, pero su alimento favorito en la primavera son los retoños tiernos, varias especies de lepidios y otras plantas de esta clase. Parece natural que las perdices reales recién cogidas no manifiesten la misma vivacidad que las caracteriza en su dominio alpestre. Yo las ví casi siempre posadas con el cuello encogido y los ojos medio cerrados, señales evidentes de cierto malestar que no debe extrañarnos; pero todas las gallináceas se acostumbran fácilmente á un cambio de condiciones, y si bien las especies de la alta montaña no poseen esta cualidad en tan alto grado como las de la llanura baja, no carecen de ella del todo, y por consiguiente tambien el tetraogallo del Cáucaso infunde á los aficionados las mas justas esperanzas.»

EL TETRAOGALLO DEL HIMALAYA — TETRAOGALLUS HIMALAYENSIS

CARACTERES.— Esta segunda especie del género, el ullar de los kirguises, el *firmonel*, *kébek* ó *gurkaju* de los habitantes del Himalaya, llamado muy sin razon *jaisan* de las

nieves por los cazadores ingleses, ha sido observado mas minuciosamente que la perdiz real. Su longitud es de 0^m,72, por un metro de ancho de punta á punta de las alas; estas miden 0^m,32 y la cola 0^m,20. La parte superior de la cabeza, la posterior del cuello y la nuca son de un gris leonado; las plumas de un ancho collar y la parte superior del dorso de color gris leonado claro, con fajas trasversales onduladas que se componen de puntos; la parte inferior de las espaldas, la badilla, las tectrices de las alas y de la cola de un gris pardusco leonado oscuro, con fajas trasversales sumamente finas de color gris amarillento claro. Todas las plumas grandes de la parte superior presentan bordes mas ó menos anchos de un tinte pardo rojizo á pálido de orin, bordes que forman una especie de fajas; la que comienza detrás de las orejas, corriéndose lateralmente por el cuello, y despues en ángulo agudo hácia el pecho, es de color castaño oscuro, así como otra que partiendo del ángulo de la barba rodea en forma de heradura la garganta; esta última y una faja en el cuello, limitada por las dos anteriores, son blancas; las plumas de la faja trasversal del buche de un blanco leonado, presentando varias de ellas manchas negras en forma de media luna; el pecho y el vientre son de un gris de roca intenso; los tallos de las plumas mas oscuros, y estas últimas adornadas de líneas trasversales sumamente finas, de color amarillo pardo leonado; las plumas de los costados son de color mas claro, con anchos bordes en las barbas exteriores y mas estrechos en las interiores, de color pardo ó rojo de orin que forman líneas longitudinales; las rémiges primarias son casi del todo blancas; las secundarias tienen este color solo en la base; las primeras presentan en la extremidad, y las otras en toda su extension, fajas trasversales de un gris oscuro con finas manchas leonadas; las plumas de los hombros están cubiertas por otras, y además orilladas de color de orin como las plumas del dorso; en las barbas exteriores de las últimas rectrices de cada lado se ven sobre un fondo rojo de orin manchitas oscuras; las barbas interiores y una faja que hay cerca de la extremidad son de un gris oscuro rojizo, que hácia el centro de la cola adquiere un tinte gris de roca con manchas mas grandes. Ambos sexos tienen el mismo plumaje y solo difieren por el tamaño.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— El tetraogallo del Himalaya se encuentra en toda la zona alta del Himalaya occidental hasta Nepal y tambien en los parajes convenientes de la Tartaria china ó Tibet, así como en Cachemira, y probablemente en todas las montañas que desde aquí siguen la direccion nordeste hasta el Tarbagatai.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.— «Estas aves, refiere Mountaineer, viven exclusivamente en las montañas cubiertas de nieve, sobre el límite de los árboles; pero en el invierno, el frio y la nieve las obligan á bajar y emprender dos emigraciones anuales. En el Kunawur son comunes todo el año; en las montañas del Ganges abundan solo desde el mes de julio al de agosto; pero como muchos cazadores y naturalistas, que subieron á dichos parajes, vieron muy pocos individuos, me inclino á creer que un gran número, si no todos, abandonan aquellas regiones para ir á criar en la Tartaria. Hácia principios de setiembre se les ve primero en los pastos, inmediatamente debajo de las nieves, ó en el límite superior de los bosques: á la primera nevada fuerte, bajan por bandadas á los puntos de la zona de aquellos, que no están cubiertos de espesura, y permanecen allí hasta marzo. Este viaje se verifica probablemente en la primera noche que sigue á la caída de la nieve; en tal ocasion los he visto siempre muy pronto en su residencia de invierno; pero es preciso que haya nevado en abundancia para que se decidan á bajar. En los inviernos poco rigurosos, permanecen en las

alturas; y yo me inclino á creer que los individuos que habitan una montaña pasan el invierno en un punto dado, que frecuentan anualmente.

» Los tetraogallos del Himalaya son aves sociables, que se reúnen en bandadas de veinte á treinta individuos algunas veces, por mas que no se suelen encontrar sino grupos de cinco á diez. Varias bandadas habitan la misma region de la montaña: en verano se ven apareados los pocos individuos que permanecieron en la vertiente india del Himalaya; pero en el otoño, antes de la emigracion, los encontré siempre reunidos. Rara vez abandonan estas aves el dominio que una vez eligieron. Cuando se las espanta, vuelan de un lado á otro, avanzando y retrocediendo: jamás se dirigen á los bos-

ques ó tallares; evitan tambien los sitios de espesura y las altas yerbas, é inútil parece añadir que no se posan nunca. Cuando hace calor y el tiempo es bueno, permanecen todo el día sobre las rocas sin moverse, excepto por la mañana y la tarde; pero si hace frio, ó llueve ó reina niebla, manifiestan mucha viveza y actividad; corren por todas partes y comen todo el día. Mientras toman su alimento suben lentamente por la montaña, picoteando á intervalos alguna planta tierna; de vez en cuando se detienen para desenterrar una raíz bulbosa, á la que son muy aficionados; al llegar á la cima, permanecen allí algun tiempo, emprenden su vuelo despues, se posan en tierra y vuelven á subir. Andan con poca gracia, y levantan la cola de tal modo, que desde léjos parecen ocas

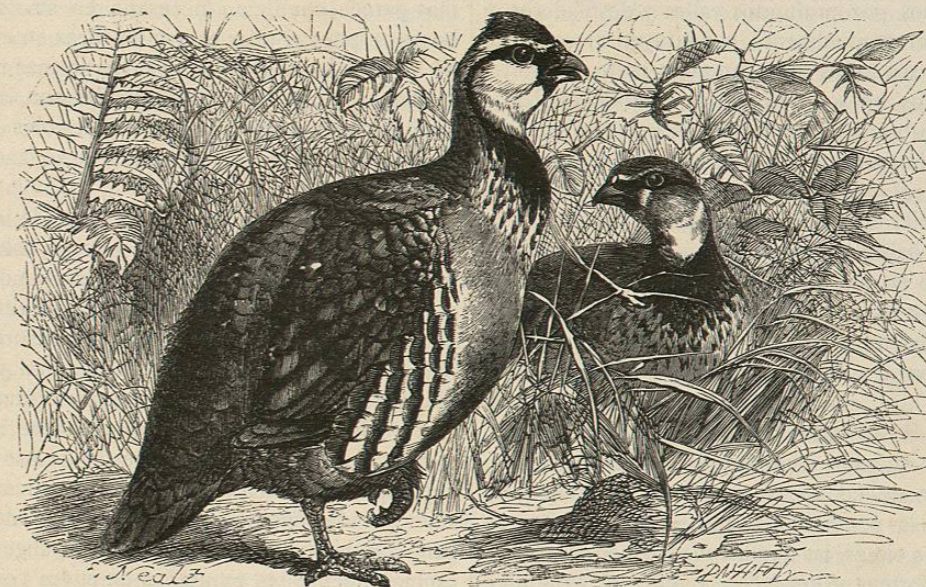


Fig. 128.—LA PERDIZ ROJA

cenicientas. Buscan principalmente los pastos donde han descansado rebaños de carneros, probablemente porque la yerba es allí mas verde ó mas fresca que en otras partes. Pasan la noche en las rocas sobre los precipicios.

» Durante el día se oye su voz, un ligero y suave silbido, á intervalos, sobre todo al salir el sol y cuando reina niebla; su grito comienza por una nota lánguida y prolongada, terminándose por una serie de silbidos precipitados, que no dejan de ser muy armoniosos; se oyen en toda su pureza cuando el ave está tranquila; si huye, no lanza sino ligeros silbidos cortados. En el momento de emprender su vuelo grita con fuerza y precipitadamente: continúa haciéndolo mientras está en los aires, y algunos segundos despues de haberse posado en tierra. En aquel momento se compone su grito de algunas notas que parecen manifestar la satisfaccion del ave al posarse en el suelo. Con nada puedo comparar mejor el silbido del tetraogallo, que con el rumor que produce una bandada de palomas al emprender su vuelo para posarse.

» El tetraogallo del Himalaya no es muy salvaje ni tímido: si se acercan á él, espera á que la persona se halle á unas cien brazas, y entonces comienza á caminar lentamente, bordeando los flancos de la montaña; si no se le persigue, no se aleja; pero si ve que se aproximan mucho, emprende su vuelo. Rara vez baja andando largo tiempo, y nunca corre sino en el momento de ir á volar. Toda la bandada se remonta al mismo tiempo y rápidamente; desciende primero, se vuelve despues, y sube al fin á la altura de su punto de partida. Cuando el flanco de una montaña presenta en una gran ex-

tension el mismo aspecto, los tetraogallos atraviesan con frecuencia volando un espacio considerable, y se remontan á gran elevacion por los aires; en las montañas mas bajas, como por ejemplo, aquellas donde pasan el invierno, estas aves no recorren jamás grandes distancias y vuelan en un espacio muy reducido.

» Aliméntanse de hojas de diversas plantas, de musgo, raíces y flores; pero las yerbas constituyen la base de su régimen. Les gustan mucho los retoños de cebada y de centeno: si hay algun campo cerca del sitio donde viven, van por tarde y mañana; pero no bajan nunca á las regiones completamente cultivadas.

» Están comunmente bastante gordos; pero su carne no es muy buena; la de los individuos que viven á una gran altura tiene con frecuencia un olor desagradable, á causa de las plantas de que se alimentan.

» Aunque he pasado varios veranos en la zona de las nieves, jamás encontré ni los nidos ni los huevos del tetraogallo del Himalaya; en el Tibet he visto con frecuencia familias de estas aves, compuestas de individuos jóvenes y viejos; pero siempre eran estos últimos mas numerosos, y no pude formar idea del número de hijuelos de cada pollada. Los huevos recogidos por viajeros, vienen á tener el tamaño de los de la pava, con la forma prolongada de los del tetrao urogallo: son de un color pardo aceitunado pálido, con algunas manchitas de color pardo claro de nuez.»

En nuestro viaje á Siberia y el Turkestan, tuve ocasion de reconocer la exactitud de la descripción de Mountaineer. Segun se nos dijo, un ullar con su plumaje de gala, propie-

dad del museo de San Petersburgo, era originario de la montaña del Tarbagatai, la cual teníamos intención de visitar, y yo resolví entonces hacer todo lo posible para observar la magnífica ave en su propia patria. El 28 de mayo de 1876 me puse en camino á fin de tomar parte en una cacería bajo la dirección de un anciano cazador kirguis, á quien había manifestado mi deseo, y con nosotros se reunieron un compañero de viaje y un médico alemán de la ciudad de Saisanposten. Según afirmación de nuestro kirguis, confirmada después en un todo, el ullar habita no solo las cimas altas del Tarbagatai, cubiertas aun de nieve en aquella estación, sino también la parte mas baja de este grupo de montañas, el Maurak, y quizás toda la zona que por su naturaleza escarpada se distingue de las otras. Centenares de montes, separados unos de otros por profundos valles y desfiladeros, y cuya altura aumenta gradualmente, constituyen el conjunto de aquella region; casi todos se hallan en la parte del norte, y aunque escarpados, no son pedregosos, estando cubiertos de una verde alfombra de gramíneas y de malezas como la de las estepas. En la parte meridional, por el contrario, hay precipicios y laberintos de rocas tan hendidas y escarpadas como las de cualquier otra montaña del globo. Hasta parece que el ave que allí habita no sabe qué camino elegir, pues se ven muy á menudo en los valles profundos riachuelos que pasan por dos lados: esta es la region frecuentada por el ullar, que aquí abunda bastante.

Llenos de esperanza, y bajo la dirección de nuestro cazador kirguis y de su hijo, que se hallaba en la flor de la edad, penetramos en uno de los valles, franqueando tan pronto colinas y montes como bajando á profundos desfiladeros escarpados. Al rededor de las rocas triscaban las monédulas alpestres; por todas las pendientes corrían perdices griegas; en los contornos de las cimas, las águilas y los halcones cerníanse sobre las plataformas y los picos, y oíase el agradable canto del petrocinclo rojo, del saxicola de garganta negra y de una especie de colirojo. Continuamos nuestro camino hasta que el anciano kirguis dió la señal de alto al pié de una montaña, ordenando que una mitad de los cazadores subiera por un lado del monte, mientras la otra se dirigiera por la parte opuesta. Entonces comenzó una marcha en que los caballos dieron prueba de su destreza para trepar. Mi cuadrúpedo penetró en un desfiladero socavado por el agua, y á saltos quiso ganar un terreno firme, lo cual consiguió á fuerza de paciencia, conduciéndome al fin á las alturas, sobre las cuales el águila real trazaba sus círculos, mientras las perdices corrían tan confiadas como nunca las había visto, pasando por nuestros piés sin pensar en la fuga. Mas allá el camino serpenteaba entre las montañas, prolongándose á veces por la cresta de un monte ó á lo largo de una pared de rocas cubiertas de una verde alfombra. Donde quiera que fijásemos nuestras miradas siempre veíamos el mismo laberinto de montañas y de valles. Habíamos caminado así cerca de una hora por aquellas alturas cuando mi guía me llamó la atención sobre el grito del ave que buscaba: era un sonido especial, agradable, prolongado, semejante á un silbido compuesto de varias sílabas, ó por lo menos de varios tonos, y que parecía proceder de las inmediaciones. Sin embargo, aun fué preciso recorrer mucho camino antes de ver al ave que había lanzado su grito y antes de poder dar principio á nuestra cacería. No me detendré á describir esta última, y solo diré que tuve la suerte de matar una de aquellas magníficas gallináceas y que tanto en este día como en los siguientes me oculté horas enteras en el mismo sitio, esforzándome para observar con mis anteojos cuanto me fuese posible de los usos y costumbres de estas aves. También aproveché todas las ocasiones de tomar informes de los cazadores kirguises, observado-

res muy concienzudos, á cuyo efecto me valí de mi amigo ruso como intérprete.

El ullar es un ave interesante por todos conceptos, muy propia para entusiasmar tanto al cazador como al naturalista. Según lo que pudimos observar, vive en todas las montañas altas del Asia central, en las regiones visitadas por mí, en el Alatau, el Tarbagatai y el Semistau, y por lo regular inmediatamente debajo del límite de las nieves eternas, donde también habita el capricornio. Es raro encontrarle en la montaña del Maurak, cuya altura no pasa de 1,600 metros; pero tal vez abunda allí mas de lo que creemos, en cuyo caso, la naturaleza salvaje de aquella montaña nos explicaría su presencia. En verano sube á las cimas mas altas, mientras que en invierno baja hasta el límite de la vegetación arbórea; mas parece condición necesaria en su dominio, la falta de bosques, pues el ullar es ave de rocas en el verdadero sentido de la palabra. Aun en el invierno mas riguroso no baja á la llanura, y cuanto mas escarpadas son las rocas, mas profundos los precipicios, y mas inaccesibles para el hombre y el animal las paredes pedregosas, tanto mas seguro es encontrarle.

Busca siempre las cimas mas altas, de las cuales baja durante el día á ciertos valles á que un caballo podría subir sin gran dificultad; y agrádanle las pendientes donde los espacios cubiertos de yerba ó de maleza alternan con algunos picos de roca. Todos los montes del Maurak donde le pude observar eran accesibles á caballo, aunque no sin alguna dificultad por la parte del norte; por la meridional formaban precipicios y vertientes, componiéndose aquí tan solo de paredes de roca cubiertas de restos que se enlazaban sin orden alguno, pareciendo accesibles únicamente en ciertos sitios para las cabras ó para un hombre muy experto en trepar. También observé que el ullar elige para su morada exclusivamente las montañas en cuyos contornos se hallan semejantes grupos salvajes de roca, separados por valles muy profundos.

Cada pareja de ullar habita cierto dominio, que en la montaña de Maurak es siempre el mismo, y no permite á otra ocuparle también. Cuando un ullar macho se acerca al que se halla establecido ya, este se precipita al instante sobre el intruso, y produciendo ruidosos gritos obligale á buscar su salvación en la fuga; después de lo cual, como yo mismo ví, toma la posición de una perdiz griega en celo, es decir, recorre una corta distancia con la cabeza baja, pendientes las alas y medio levantada la cola. Sin embargo, á veces se da el caso de que dos parejas se visiten alternativamente; y también he visto varios días cuatro individuos en espacio relativamente pequeño, los cuales al vernos se dirigieron juntos al mismo sitio separándose después. Debo añadir que en aquel período todas las parejas tenían polluelos, circunstancia que, como ya se sabe, basta para que las gallináceas mas pendencieras vivan en paz. En el período del celo, que aquí empieza en los primeros días de marzo y dura hasta fines del mes, los gallos son naturalmente mas pendencieros que nunca, pero según me afirmó el cazador kirguis, no gritan tampoco entonces mas de lo regular. El grito es característico del ullar y se distingue del de todos los demás tetraogallos, aunque los tonos se asemejan mucho á los de sus congéneres. Es muy fácil imitar silbando la voz de esta ave, pero no traducida por sílabas, porque los diversos tonos, exceptuando solo el último, se aíslan marcadamente uno de otro. En mi opinión se podrían expresar por las sílabas *u o i e it*, pero debo añadir que cada vocal, no solamente tiene un acento, sino que las tres primeras se prolongan, y solo las últimas sílabas, *é it*, suenan como un ligero grito. Parece que esta voz, que á pesar de su poca fuerza se oye á la distancia de

un kilómetro lo menos, difiere mucho, tanto del grito de llamada como del de aviso. Cuando encontré las aves con sus polluelos, parecióme que solo la hembra, aunque el cazador aseguraba que el macho también, producía un sonido equivalente á *back, back, tock, tock, tock, tack*, semejante por el tono al cacareo de otras gallináceas, pero con intervalos mas largos; la voz del macho para llamar á la hembra sonaba como *buck, buck, buck, beck, beck, kick, kick, kick*; mientras que el grito de aviso es un sonoro y agudo *tchilli, tchilli, tchi, klick, klick, kli*; cuando un macho lucha con otro produce un sonido equivalente á *zviviler*. Como escuché todas estas voces con el lápiz en la mano, anotándolas inmediatamente y haciendo todo lo posible para traducirlas de la manera mas exacta, puedo decir que solo *u o i e it* se parece en algo á los sonidos expresados, mientras que todos los demás son de naturaleza tan especial, que es en extremo difícil, si no imposible, traducirlos por sílabas.

Estas magníficas aves se asemejan por sus movimientos mas bien á los cacabidos que á las perdices. Su carrera es rápida y ágil; suben y bajan con igual destreza, siempre con el cuerpo algo inclinado; al elevarse por los aires dan primero algunos aletazos rápidos, á los cuales suele seguir un vuelo sostenido mucho tiempo sin mover las alas, porque el ullar, al remontarse, baja casi siempre hácia la profundidad del valle, y solo después vuelve á subir poco á poco. A causa de tener las alas relativamente muy cortas, la figura que ofrece el ave al volar es del todo característica; si cuando corre su estructura parece muy recogida, diríase al verla en los aires que es en extremo prolongada; la forma del ave se podría comparar con la de una larga cruz de brazos cortos. Antes de remontarse le agrada al ullar, si le queda tiempo, dirigirse á un punto elevado como el que suele elegir por lo regular para posarse; pero al bajar por el lado opuesto del valle, deteniéndose regularmente en un sitio cubierto de piedras, y salta después á una roca para examinar desde allí los contornos. Durante el día la pareja visita sitios muy diversos dentro de su dominio, pero por la noche se dirige siempre á los parajes que le ofrecen mas seguridad.

El alimento preferente de esta ave consiste en sustancias vegetales. Mi cazador kirguis no supo decirme si el ullar come también insectos y gusanos, como puede suponerse, pero me aseguró que en los inviernos rigurosos, cuando una espesa capa de nieve cubre el terreno, abre galerías por debajo de ella para alcanzar las plantas de que se alimenta.

Al apareamiento preceden largas y repetidas luchas entre los machos hasta que al fin se forman las parejas definitivamente, quedando desterrados los machos sobrantes; estos últimos gritan mucho durante el período del celo, lo mismo que á principios del verano; pero en la primavera solo dejan oír su grito de aviso al levantarse, y no su silbido característico. El número de huevos de una puesta, según el informe de mi kirguis, suele ser de seis á nueve, mas grandes que los del pato y bastante redondos; tienen un color amarillo verdoso, con manchas mas oscuras, las mas de ellas azules; pero debo añadir que los kirguises entienden poco de colores, y que por lo tanto no pueden indicarlos con exactitud. El nido, que suele estar en pendientes pedregosas, en algun espacio cubierto de tierra, consiste en una ligera cavidad, tapizada solo con algunos tallos de gramíneas. Es probable que solo la hembra empolle, mientras que el macho vigila, posado en una altura cerca del nido, para advertir á su compañera cuando haya peligro: entonces se muestra mas prudente y tímido que nunca. A las cuatro semanas, poco mas ó menos, los polluelos salen del cascaron, siendo conducidos entonces por sus padres; la madre no los abandona ni en el mayor peligro. Parece que aprenden muy pronto á volar,

pues los que yo observé no tenían aun el tamaño de nuestras perdices y cruzaban los aires con tanta seguridad como sus padres, lanzando también el grito de aviso al remontarse, aunque con menos fuerza. Si les ocurre á los padres algun percance, ó cuando los polluelos no pueden seguirlos, estos últimos se ocultan en medio de las rocas tan perfectamente, que ni yo ni mis compañeros pudimos nunca encontrar uno de ellos, aunque examinamos pocos minutos después minuciosamente el sitio donde habían desaparecido. Cuando creen reconocer que el peligro ha pasado corren apresuradamente, llamados por sus padres, siguiendo la dirección en que estos se alejaron, y entonces se les ve uno después de otro, casi siempre á intervalos bastante largos, pasar como sombras sobre las peladas rocas.

Me han dicho que á fines de noviembre alcanzan ya todo su desarrollo, pero que mucho antes se conducen como sus padres; con ellos permanecen reunidos todo el invierno, y mas tarde, es decir, poco antes del período del celo, sepáranse las bandadas. Cuando se mata á la hembra, el macho se encarga de los polluelos, aunque estos sean todavía muy pequeños; pero mientras aquella vive, solo se ocupa, según parece, en velar por la familia. Cuando se persegua á una bandada veale siempre en algun pico de roca, á la distancia de ciento á doscientos pasos delante de la hembra; después desaparecía por corto tiempo para volver á presentarse en seguida, dejando oír cada vez su grito; de modo que no podía desconocerse su intención de averiguar si amenazaba algun peligro y de anunciarlo cuando le descubría.

Todas las aves de rapina mas poderosas son los enemigos naturales del ullar, sobre todo el águila real y uno de sus congéneres de vientre blanco, probablemente el seudaeto de Bonelli. Cuando el águila divisa una pareja ó bandada de ullares, alguno de estos puede darse por perdido á no ser que logre ocultarse á tiempo debajo de una piedra. De los zorros y los lobos sabe librarse merced á su gran vigilancia. Los hombres les persiguen poco en aquella region: solo algunos kirguises se ocupan en la caza de estas gallináceas, porque á esa gente le complace mas perseguir á los lobos, zorros y martas que á unas aves tan cautas. La carne, según afirman en general los rusos, á quienes pedí informes, es blanca como la nieve, de un sabor exquisito, tierna y sabrosa, no pudiendo compararse por tal concepto con la del urogallo ó la del gallo de brezo.

CAUTIVIDAD.—Mountaineer asegura que los tetraogallos se acostumbran pronto á la jaula y que entonces se les puede alimentar con granos, pero duda, y probablemente con razon, que sea posible conservarlos así largo tiempo. Los naturalistas ingleses y franceses, que se ocupan con afán en la aclimatación de animales exóticos, consideran ya hoy uno ú otro tetraogallo como habitante de las montañas altas de Escocia ó de nuestros Alpes. Nosotros, por nuestra parte, nos limitaremos á tener por ahora esperanzas mas modestas, contentándonos con el deseo de ver á estas magníficas gallináceas en las jaulas de nuestros jardines zoológicos. Según tengo entendido, solo ha llegado á Europa un tetraogallo vivo.

LOS CACABIDOS—CACABIS

CARACTÉRES.—Los cacabidos son los congéneres mas próximos de las especies descritas; tienen el cuerpo grueso; cuello corto; cabeza relativamente voluminosa; alas de largura mediana y obtusas, con la tercera y cuarta rémiges mas prolongadas; cola bastante larga, compuesta de doce á diez y seis pennas, completamente cubiertas por las sub caudales; pico prolongado, pero fuerte; las patas medianas, estando provis-